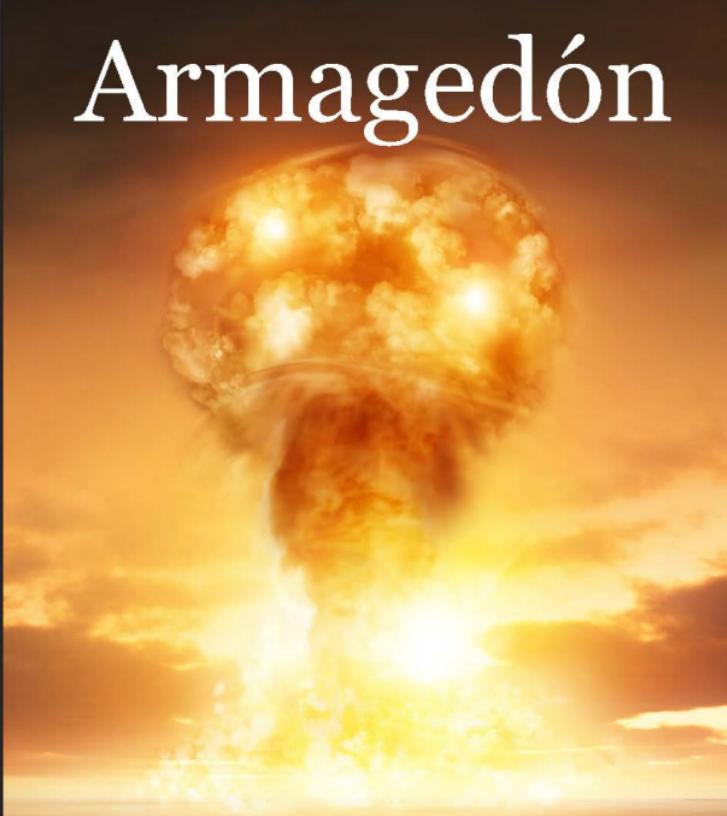


Armagedón



luego la paz
mundial

Armagedón, luego la paz mundial

El Armagedón se ha convertido en una palabra muy conocida, a medida que los problemas extienden su mal augurio sobre la tierra. Se utiliza cuando hay conflictos entre naciones e ideologías, especialmente cuando hay agitación mundial. Los medios de comunicación lo han utilizado con frecuencia, aunque en muchas ocasiones es cuestionable si el autor conocía realmente el origen y el trasfondo de la palabra. La mayoría piensa que se aplica a una gran lucha o batalla poderosa en la que Dios está involucrado, una batalla entre el bien y el mal, una batalla para acabar con todas las batallas.

Armagedón es un término bíblico utilizado en el último libro de la Biblia, asociado con «la batalla del gran día de Dios Todopoderoso» (Apocalipsis 16:14). El Apocalipsis es un libro de símbolos que expone una lucha milenaria entre la verdad y el error, la justicia y la injusticia, Cristo y el Anticristo. En esta descripción, se utilizan símbolos como «bestias», «dragón», «falsos profetas», «Babilonia», «ramera», «espíritus inmundos», «ranas», etc., por un lado; y, por otro, «Cordero», «novia», «ciudad santa» y otros. Armagedón es otro de los símbolos empleados en el libro y se asocia con la gran fase final de una lucha que pone fin a la era actual, cuando el reino de Cristo

se levanta victorioso, estableciendo la paz universal y eterna.

La palabra Armagedón es de origen hebreo y está asociada geográfica e históricamente con la colina de Megido. Megido ocupaba una posición estratégica en la antigua Tierra Santa, ya que dominaba un importante paso hacia la región montañosa. La zona en general de Megido fue el gran campo de batalla de Israel. Aquí Gedeón y sus trescientos hombres derrotaron y vencieron a los madianitas. Aquí también el rey Saúl fue derrotado por los filisteos.

Muchos de los simbolismos de la Biblia son similares en naturaleza a los que el mundo conoce. La Biblia, por ejemplo, utiliza bestias para representar reinos o gobiernos, y lo mismo hace el mundo. Y el uso de un campo de batalla para transmitir una idea determinada también es una práctica habitual en el mundo. Cuando decimos, por ejemplo, que un ejército encontró su «Waterloo», queremos decir que, aunque había sido victorioso durante un tiempo, finalmente sufrió una derrota repentina e inesperada. Fue la derrota de Napoleón en Waterloo lo que dio tal importancia a este campo de batalla en particular.

Lo mismo ocurre con el Armagedón. Era el campo de batalla de Israel, y para comprender su significado simbólico en las profecías, solo es necesario descubrir la característica especial asociada a todas las batallas en las que participó el antiguo Israel. No es el hecho de que siempre salieran victoriosos, porque no fue así. A veces, Dios permitía que su pueblo fuera derrotado. Esto se debía a que habían

pecado contra él y necesitaban ser disciplinados. Sin embargo, había una característica destacada de todas las batallas de Israel que no era cierta, y nunca lo ha sido, en las batallas libradas entre otras naciones: es que Dios intervenía en ellas y anulaba sus victorias y derrotas de acuerdo con su gran plan de los siglos.

Cuando tomamos en consideración este hecho, la palabra Armagedón adquiere un significado tan definido como Waterloo, aunque con un significado muy diferente. Sugiere una lucha en la que Dios está definitivamente interesado y en la que Él dirigirá el resultado, asegurando la victoria final y gloriosa de las fuerzas de la justicia. Además, como muestran las profecías, es la última gran batalla de los siglos, y dará como resultado la derrota permanente de todos los agentes de Satanás, preparando así el camino para el establecimiento del reino de Cristo. Por eso se describe como «la batalla de ese gran día del Dios Todopoderoso». —Apocalipsis 16:14

«Ese gran día»

Las profecías muestran claramente que el «gran día de Dios Todopoderoso» es el período de tiempo que marca el fin de la era actual. Es el momento en que este «mundo malvado actual» (Gálatas 1:4), o el orden social, llega a su fin. Se describe en la Biblia como el «Día de la Venganza» y como los «últimos días». También se habla de él como el «Día del Señor», porque es el momento en que el Señor interviene en los asuntos del mundo para detener su

loca carrera hacia el pecado y la destrucción y establecer su reino prometido desde hace mucho tiempo.

Este «Día del Señor» es el tiempo al que se refiere la profecía que dice: «Esperad a mí, dice el SEÑOR, hasta el día en que yo me levante para deshacer al enemigo; porque mi resolución es reunir a las naciones, y juntar a los reinos, para derramar sobre ellos mi indignación, y toda mi ira; porque toda la tierra será devorada por el fuego de mi celo». — Sofonías 3:8

Este «Día de la Venganza» sobre las naciones es descrito con más detalle por el profeta Isaías. Él escribió: «El Señor saldrá como un hombre poderoso, despertará celos como un hombre de guerra; gritará, rugirá, prevalecerá contra sus enemigos. He callado mucho tiempo; he estado tranquilo y me he contenido; ahora gritaré como una mujer que da a luz; destruiré y devoraré a la vez». - Isaías 42:13, 14

El reinado del mal

Desde que nuestros primeros padres transgredieron la ley de Dios, el mal ha sido un factor dominante en los asuntos de la raza humana. Satanás ha sido el gobernante del mundo del hombre. Jesús habló de él como «el príncipe de este mundo» (Juan 12:31; 14:30). Durante los días del antiguo Israel, cuando Dios gobernaba sobre su pueblo elegido, otras naciones ocasionalmente entraban en contacto con la autoridad y el poder

divinos. Varios reyes paganos se vieron obligados a reconocer su soberanía como resultado de la manera milagrosa en que protegió y liberó a su pueblo. Pero han pasado muchos siglos desde que el mundo fue testigo de tales manifestaciones del poder de Dios, con el resultado de que la fe en él y en su capacidad para gobernar los asuntos de los hombres es casi inexistente en todas las cámaras del consejo del mundo.

Dios explica esta situación diciendo que se ha abstenido de interferir en los asuntos del mundo y ha «guardado» su paz. (Isaías 42:14) Por otra parte, se ha animado a su pueblo a esperar en el Señor hasta el día en que ya no guarde silencio, hasta que deje de abstenerse de intervenir en los asuntos de los hombres, con la seguridad de que entonces se levantará contra la presa y que toda la tierra —este mundo malvado actual— será destruida por el «fuego de mi celo». Es en esta obra de destruir el mal y los sistemas malignos que el Señor se presenta a sí mismo como un hombre poderoso que se levanta y despierta celos como un hombre de guerra, y es esto lo que precipita la batalla de ese gran día del Dios Todopoderoso.

Aunque el Señor ha permitido que Satanás, el gran adversario, reine en los corazones de los hijos de la desobediencia, nunca ha dejado de interesarse por el bienestar final de sus criaturas humanas. De hecho, a lo largo de los miles de años durante los cuales se ha abstenido de interferir en el reinado del pecado y la muerte, Dios ha estado sentando las

bases, por así decirlo, para un glorioso día de liberación. Pero su plan de redención y restauración ha progresado en silencio y sin ser observado por el mundo. En Armagedón, Dios se revelará a toda la humanidad, y los ojos de todas las naciones se abrirán para contemplar su gloria.

Fue el Lucifer caído, personificado en Génesis como una serpiente, y en Apocalipsis 20:2 como «la serpiente antigua», quien introdujo el pecado en el mundo. Engaño a la madre Eva y, a través de ella, indujo a Adán a transgredir la ley divina. Esto les acarreó el castigo por el pecado, que es la muerte. Ahí comenzó a morir la raza humana. Ahí el egoísmo se convirtió en el motivo de casi todos los esfuerzos humanos, y del egoísmo surgieron la animosidad, el odio, el crimen y las guerras. Durante seis mil años, el mundo moribundo ha luchado, siempre con la esperanza de que lleguen tiempos mejores, pero, debido al egoísmo, nunca ha logrado alcanzar sus objetivos deseados.

La mano de Dios

Dios sigue amando a su creación humana, y en su Palabra nos traza un esquema de los logros divinos que finalmente conducirán al derrocamiento completo del dominio satánico, y también a la destrucción de todos esos elementos odiosos del reinado de pecado y muerte de Satanás que han afligido a la raza humana durante tanto tiempo. La manera en que la mano de Dios ha intervenido en los asuntos de los hombres a lo largo de los siglos nos es

revelada en gran parte por la brillante serie de promesas registradas en su Palabra para nuestro consuelo y instrucción.

Aunque a los no iluminados les pueda parecer que las promesas de Dios representan simplemente los deseos de antiguos ideólogos, en ellas se puede reconocer el patrón del propósito divino para la raza humana. Cuando vemos ese patrón y los maravillosos preparativos que el Señor ha estado haciendo para la liberación definitiva de la humanidad de la esclavitud del pecado, la enfermedad y la muerte, tenemos la certeza de que no ha habido ningún fracaso en el plan divino, ningún caso en el que el Señor haya fallado en el cumplimiento de sus grandiosos y amorosos designios.

El primer rayo de esperanza

En su declaración a la «serpiente antigua», el diablo, el Creador nos da la primera indicación de que, a pesar de la entrada del pecado en el mundo, no había abandonado a su creación humana. Dios le dijo a Satanás que la «simiente» de la mujer «herirá en tu cabeza» (Génesis 3:15). Si Dios no hubiera manifestado más tarde sus intenciones hacia la raza humana con mayor detalle a través de sus profetas, no podríamos saber qué significaba realmente esta vaga declaración a la serpiente. Pero a la luz de las profecías, queda claro que el herir la cabeza de la serpiente por la simiente de la mujer es en realidad una descripción simbólica del derrocamiento del

dominio satánico en la tierra y el triunfo del reino de Cristo.

En Apocalipsis, capítulo 20, se nos da un breve relato simbólico del método por el cual la simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente. Se nos dice que un ángel desciende de Dios del cielo y que se apodera de la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ata por mil años. Este ángel poderoso no es otro que la simiente de la promesa, Cristo, y el relato nos ofrece una breve descripción del establecimiento de su reino y de su reinado de mil años. También muestra que durante esos mil años, los muertos resucitarán y se les dará la oportunidad de vivir para siempre en la tierra restaurada.

Muchos siglos después de la tragedia del Edén, Dios volvió a manifestar su interés por la raza moribunda haciendo una promesa a su fiel siervo Abraham. Le dijo a este padre de Israel que tenía la intención de bendecir a todas las familias de la tierra. Al hacer esta promesa, Dios se refirió una vez más a una simiente, un descendiente, cuyo nacimiento estaría dirigido por la providencia divina. Dios confirmó esta promesa con su juramento, y ella constituyó la base de la esperanza de Israel en la venida del Mesías.

Esta promesa fue reiterada de diversas formas por todos los santos profetas de Dios. En relación con la simiente prometida, el profeta Isaías escribió: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y el gobierno estará sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios

Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán fin. El trono de David y el reino serán establecidos y sostenidos con justicia y con juicio, desde ahora y hasta siempre. El celo celoso del Señor de los ejércitos hará esto». — Isaías 9:6, 7

Lo más destacado de esta promesa de un gobierno venidero de justicia es el hecho de que su victoria sobre las fuerzas del mal está garantizada por el poder divino, que obra milagros. El Hijo mencionado es Cristo, y el profeta declara que el gobierno estará sobre sus hombros. Esto significa que el Cristo divino asume la responsabilidad de llevar a cabo el propósito amoroso de Dios de destruir el mal de la tierra y exaltar la justicia.

¡Qué tranquilizador es esto! Significa que la capacidad ilimitada de Dios, que le permitió crear miles de millones de mundos, que hizo al hombre y le dio vida, que sigue dando vida a todos los seres vivos, impulsará el ataque de Cristo contra las fuerzas del pecado y la muerte que forman el baluarte de la poderosa fortaleza de la iniquidad de Satanás. El profeta declara: «¡El celo del Señor de los ejércitos hará esto!».

El Salvador nacido

Esta profecía de Isaías comenzó a cumplirse con el nacimiento de Jesús. Él nació como un regalo del amor divino y como garantía de que todas las promesas de Dios de bendecir al mundo se cumplirían a su debido tiempo. En consonancia con

esto, cuán significativas son las palabras de la profecía del ángel, quien, al anunciar el nacimiento de Jesús, dijo: «No temáis, porque hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor». —Lucas 2:10, 11

A la edad de treinta años, Jesús comenzó su ministerio, un ministerio que era un recordatorio constante de que había venido como mensajero del cielo para cumplir las promesas de Dios de establecer un gobierno mundial de paz y vida. Algunas de las promesas, al describir las bendiciones del reino mesiánico, predecían la apertura de los ojos ciegos, la curación de los enfermos y la resurrección de los muertos. Jesús empleó el poder divino para hacer estas cosas y así estableció el hecho de que él era verdaderamente la simiente de la promesa y que el Dios que había hecho promesas tan maravillosas era plenamente capaz de cumplirlas.

El ministerio terrenal de Jesús fue muy breve, ya que duró solo tres años y medio. Él era el Rey de Reyes anunciado, pero se permitió que algunos de sus enemigos lo crucificaran. (Apocalipsis 19:16) Qué extraño giro de los acontecimientos debió parecerles a aquellos que lo habían aceptado como el Mesías prometido, el que iba a reinar «desde el mar hasta el mar, y desde el río hasta los confines de la tierra». —Salmo 72:8

Sin duda, aún más extraña era la filosofía de amor del Maestro, que él practicaba con tanta rigidez que se negó a ofrecer resistencia alguna a quienes lo apresaron y mataron. Todos los grandes

gobernantes del pasado y del presente han alcanzado y mantenido su poder luchando valientemente contra todos sus oponentes. Pero Jesús no intentó defenderse, ni permitió que sus discípulos lo hicieran. Sobre su cabeza indefensa cayó la ira de sus enemigos celosos, y fue depositado en la tumba.

¡El plan de Dios no había fracasado! El apóstol Pablo nos dice que el amor nunca falla (1 Corintios 13:8). Jesús entregó voluntariamente su vida como Redentor del mundo, amando incluso a sus enemigos. (Juan 3:16) Aunque Satanás pensó que había frustrado el plan divino de que Jesús fuera rey de la tierra, en realidad solo había contribuido a que se cumpliera una parte necesaria de ese plan, a saber, el sacrificio del hombre, Cristo Jesús, como «rescate por todos». —1 Timoteo 2:6

Las bendiciones que Dios había prometido serían de carácter duradero. La paz que traería el reino del Mesías sería una paz duradera, de la que disfrutarían aquellos que, redimidos de la maldición del pecado, tendrían la oportunidad de vivir para siempre. No había forma de garantizar bendiciones tan permanentes y de tan largo alcance para la raza humana, excepto mediante la muerte de Jesús como Redentor y Salvador del mundo. Él murió para que sus súbditos pudieran vivir, y para que todos los que han muerto tuvieran la oportunidad de ser restaurados a la vida.

La humanidad sigue sufriendo

Han pasado casi veinte siglos desde aquel momento trascendental en que Jesús murió por los pecados del mundo y resucitó de entre los muertos por el poder divino, y sin embargo aún no es reconocido como rey de la Tierra; y el gran enemigo, la Muerte, a la que murió para destruir, sigue teniendo a la raza maldita por el pecado en sus garras funestas. Mientras que las profecías describen a Jesús como el Príncipe de la Paz, la guerra ha seguido arruinando la felicidad de cada generación sucesiva desde su tiempo, tal como lo había hecho antes de su llegada. Jesús vino a dar la vida, pero las personas por quienes dio su vida siguen muriendo. Jesús enseñó y exemplificó el camino del amor y señaló sus ventajas sobre el egoísmo, pero el egoísmo sigue gobernando el mundo. ¿Por qué?

La Palabra Sagrada revela la razón de este aparente retraso. Muestra que durante estos veinte siglos de aparente fracaso, el plan de Dios para liberar a la raza humana ha avanzado de manera constante. Su plan para la era actual ha sido elegir entre la humanidad un pueblo que se asocie con Cristo en el ejercicio de la autoridad de su reino. Las Escrituras hablan mucho de ellos, esbozando las condiciones en las que pueden esperar vivir y reinar con Cristo. En resumen, están llamados a seguir su camino de amor, a dar su vida como él sacrificó la suya, a demostrar su fidelidad a Dios, a la verdad y a

la justicia siendo «fieles hasta la muerte». - Apocalipsis 2:10

Las experiencias de sacrificio y sufrimiento de estos preparanles para su futuro reinado con Cristo. En la providencia de Dios, su papel en el plan divino contribuirá a la bendición eterna de todas las familias de la tierra. Durante veinte siglos, desapercibidos y desconocidos por el mundo, estos fieles seguidores del Maestro han seguido fortaleciendo la cabeza de puente de la justicia y el amor, desde la que finalmente vendrá la liberación de todos los prisioneros de la muerte. Antes de esta liberación de toda la humanidad, la clase fiel resucitará de entre los muertos en la primera resurrección, para vivir y reinar con Cristo. Entonces, bajo la dirección de Cristo, toda la humanidad despertará del sueño de la muerte y se le dará la oportunidad de vivir en la tierra para siempre.

El fin de la era

Esta era en el plan de Dios, que está reservada para la elección y el entrenamiento de aquellos que reinarán con Cristo durante la Era Milenial, está a punto de terminar. De hecho, estamos viviendo en el fin de los tiempos; por lo tanto, es el momento en que debemos esperar ver, y ver, la mano de Dios manifestada de manera definitiva y directa en los asuntos de los hombres. Las profecías de la Palabra de Dios describen los acontecimientos del tiempo presente y revelan que son los que precederán

inmediatamente al establecimiento del reino de Cristo.

La serie de acontecimientos calamitosos que comenzaron en 1914, que han derrocado a reyes de sus tronos, desarraigado iglesias estatales y destruido a millones de seres humanos por medio de guerras, hambrunas y pestilencias, están todos señalados en la Palabra Sagrada, y todos dan testimonio del hecho ineludible de que Dios ya no se abstiene de intervenir en los asuntos de los hombres, que el día de su venganza contra el pecado y las instituciones pecaminosas está cerca.

Es reconfortante darse cuenta de que el resultado final de la actual angustia de las naciones no está en manos de gobernantes egoístas y terrenales, sino que el mundo del mañana será gobernado por el reino de Cristo. También es gratificante darse cuenta de que durante los próximos mil años las naciones no estarán sometidas tiránicamente al yugo del totalitarismo ni a formas corruptas de gobiernos democráticos.

El rey legítimo

Como ya hemos visto, durante un tiempo Dios gobernó a su antiguo pueblo de Israel. En las Escrituras se dice de varios reyes de Israel que se sentaron «en el trono DEL Señor» (1 Crónicas 29:23). Pero ese arreglo llegó a su fin con la destitución del último rey judío, Sedequías. El profeta Ezequiel explica que esto sería «hasta que venga aquel a quien corresponde el derecho». (Ezequiel 21:27). Se

trata de una referencia a Cristo, y la clara implicación es que Dios no volvería a estar representado en ningún gobierno de la tierra hasta que llegara el momento de que se estableciera el reino de Cristo.

El derrocamiento del último rey judío ocurrió en el año 606 a. C., y comenzó un largo período durante el cual el Señor permitió que los reinos gentiles mantuvieran unida la estructura social del mundo. Este período es descrito en una profecía de Jesús como «los tiempos de los gentiles». En esta profecía, Jesús explicó que «Jerusalén», símbolo del pueblo judío y su forma de gobierno, sería «pisoteada» por los gentiles hasta que «se cumplieran los tiempos de los gentiles» (Lucas 21:24).

Hay pruebas bíblicas que demuestran que los tiempos de los gentiles son un período de 2520 años. Babilonia fue la primera de las potencias gentiles en ejercer la autoridad durante este período. Aproximadamente en el momento de su inicio, el Señor hizo que Nabucodonosor soñara que veía una imagen parecida a un hombre, que Daniel interpretó como la concesión divina de la autoridad que sería ejercida, primero por Babilonia y luego sucesivamente por Medo-Persia, Grecia y Roma.

En esta imagen profética, Roma está representada por las piernas de hierro, y el Imperio Romano dividido, tal y como se veía en los diversos estados de Europa justo antes de 1914, estaba representado por los dedos de los pies de la imagen. En la visión, se ve una piedra que golpea la imagen en sus pies, haciéndola caer y reduciéndola a polvo. Daniel

explica que esta piedra representa el reino de Dios, un reino que finalmente llenará toda la tierra.

Los 2520 años de los tiempos de los gentiles debían terminar en 1914. Dado que este período profético estaba relacionado tanto con los judíos como con los gentiles como naciones, los acontecimientos ocurridos desde entonces deberían indicar un cambio en la situación de ambos, y así es, efectivamente. Los últimos vestigios del antiguo Imperio Romano están siendo destruidos, reducidos a polvo, mientras que los judíos como pueblo poseen gran parte de Palestina y en 1948 se creó un nuevo Estado de Israel. Todavía estamos en el período de trituración, pero ya han ocurrido suficientes cosas para justificar la convicción de que las fuerzas invisibles de nuestro Señor actual ya están ejerciendo una tremenda influencia en la destrucción del orden social de Satanás, preparando el establecimiento en la tierra del reino de Cristo y la bendición de toda la humanidad con paz y vida.

Desde este punto de vista, el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 constituye una prueba sustancial de que Jesucristo, como General de Jehová, está sometiendo a las naciones antes de recibirlas del Padre como su «herencia». (Salmo 2:8) Lo que vemos que está ocurriendo es el cumplimiento de la primera parte de Sofonías 3:8. Habla del Señor, o Jehová, que se levanta como testigo —para condenar a la sociedad terrenal— y dice: «Mi decisión es reunir a las naciones, congregar a los reinos, derramar sobre ellos mi indignación, todo el ardor de mi ira».

Muchos escritores de historia secular se refieren a la Primera Guerra Mundial como el comienzo de todos los problemas que han envuelto a la humanidad desde entonces, y a la Segunda Guerra Mundial como la reanudación de las hostilidades que habían cesado durante un breve período. Todo esto, y más, tendrá lugar en el día de la ira del Señor, en ese «gran día del Dios Todopoderoso» (Apocalipsis 16:14), y como resultado, todo el tejido de la civilización se ha debilitado.

Cada fase de la angustia de los «últimos días» sobre las naciones tiene que ver con el derrocamiento del dominio de Satanás. Obsérvese, por ejemplo, la profecía de Isaías 13:4-6. «Se oye en los montes el ruido de una multitud, como de un pueblo numeroso; como un estruendo de reinos en masa, como de un pueblo numeroso que se reúne; el SEÑOR de los ejércitos convoca a sus huestes para la batalla. Vienen de un país lejano, del extremo del cielo, incluso el SEÑOR, y las armas de su indignación, para destruir toda la tierra. Aullad, porque el día del SEÑOR [Jehová] está cerca; vendrá como una destrucción del Todopoderoso».

El apóstol Pablo, en su descripción del Día del Señor, dice que «la destrucción repentina» vendrá «como los dolores de una mujer encinta». (1 Tesalonicenses 5:1-3) Los dolores de parto, como sabemos, vienen en espasmos con períodos de alivio relativo entre los dolores. Este ha sido el patrón de los acontecimientos desde el fin de los tiempos de los gentiles en 1914. Pablo predijo que estos espasmos

estarían asociados con gritos de «paz y seguridad», y esta profecía también ha resultado ser muy precisa.

Antes de la Primera Guerra Mundial, se hicieron enormes esfuerzos para establecer una paz mundial duradera. 1913 fue un año internacional de la paz. Luego vino el primer espasmo de problemas destructivos. Tras la guerra hubo más gritos de paz y seguridad. Luego vino la segunda lucha mundial, seguida de nuevos gritos de «¡Paz, paz!». La desintegración continúa y continuará hasta que se manifieste la intervención divina y traiga la paz verdadera a un mundo agotado por los problemas y moribundo.

Mientras Dios luchaba por su pueblo en el antiguo campo de batalla de Megido, dándoles la victoria cuando su obediencia lo merecía, su estrategia no siempre fue la misma. En el caso de la victoria de Gedeón sobre los madianitas, la estrategia del Señor hizo que los enemigos de Israel se destruyeran entre sí. En otras ocasiones, se utilizó el poder milagroso. Así ocurre en la gran batalla en la que los reinos de este mundo son apartados en preparación para el establecimiento del reino de Cristo. Una profecía declara que «cada uno se levantará contra su hermano» (Ezequiel 38:21). Los reinos de este mundo, en su lucha entre sí, ya han causado una terrible destrucción en las fortalezas de la civilización, y el fin aún no ha llegado.

Muchas naciones se han unido en diversos esfuerzos para salvar al mundo de una mayor destrucción; pero, tal y como predijeron las profecías,

estas asociaciones no han logrado su propósito. Isaías escribió: «Uníos, pueblos, y seréis quebrantados». (Isaías 8:9, 10). Otra profecía relativa a esta reunión de las naciones se encuentra en Joel 3:1, 2. Aquí, esta unión de las naciones se asocia, en cuanto al tiempo, con la reunión de Israel en su tierra prometida. Indica que habría controversia por la tierra y que el Señor abogaría entonces por su pueblo y se opondría a aquellos que intentaran robarles su legítima herencia.

En la profecía de Ezequiel, capítulos 38 y 39, se dan más detalles sobre estos acontecimientos concretos. En resumen, estas profecías revelan que Israel recuperará finalmente la tierra de Palestina y vivirá allí en relativa paz y seguridad, cuando del «norte» vendrán naciones agresoras para «tomar el botín». Los estudiosos de las profecías esperan que las naciones del norte de Israel participen en esta última oleada de agresión y que se intente destruir Israel y ocupar la Tierra Santa, estratégica desde el punto de vista militar.

Es en este punto cuando el Señor demuestra abiertamente su intervención. La profecía de Ezequiel 38:22 afirma que entonces el Señor pleiteará contra los enemigos de Israel «con pestilencia y con sangre; y haré llover sobre él y sobre sus tropas, y sobre el pueblo que está con él, un diluvio, y piedras de granizo, fuego y azufre». Puede que no sepamos cómo se cumplirá esto literalmente, pero es cierto que en esta profecía se describe el gran clímax del Armagedón, esa gran lucha en la que Dios utilizará

su poder para derrotar a los enemigos de la justicia y hacer que el reino divino entre en funcionamiento para la bendición de todas las familias de la tierra.

Sabemos que esto es cierto, porque la profecía revela que, como resultado de la intervención divina, todas las naciones, incluida Israel, a quien el Señor entonces liberará, tendrán los ojos abiertos para contemplar su gloria gracias a su intervención milagrosa. Entonces todas las naciones sabrán que hay un Dios en el cielo que, a través de su Cristo divino, gobierna entre los hijos de los hombres.

Un mensaje puro

En Apocalipsis 16:13, 14, se nos habla de «tres espíritus inmundos» que ejercerían una poderosa influencia en la reunión de las naciones para la batalla de ese gran día del Dios Todopoderoso. El Espíritu limpio, o Espíritu Santo de la Biblia, es el Espíritu de la verdad, ya que se centra en el Evangelio de Cristo. Sus características son el amor, el gozo, la paz, la misericordia, la paciencia, etc. Los espíritus inmundos proféticos son, por lo tanto, poderes manifiestamente impíos en la tierra, cuya propaganda dominante influye en las naciones para que se reúnan y las induce a guerrear entre sí hasta la muerte.

Después del Armagedón, cuando el Señor haya «devorado» al mundo entero con el «fuego» de su «celo», destruyendo así todos los diversos sistemas de iniquidad, «dará al pueblo un lenguaje puro», o mensaje. Este mensaje, afirma el profeta, hará que

todos invoquen «el nombre del Señor, para servirle con un mismo consentimiento». - Sofonías 3:8,9

Esta será una de las formas en que, durante el reinado de Cristo, el amor sustituirá al egoísmo como fuerza motriz de los asuntos humanos. Y bajo la administración de ese reino de justicia, toda la humanidad encontrará satisfacción y alegría. De hecho, incluso los muertos serán resucitados para que ellos también puedan disfrutar de las bendiciones vivificantes que ningún conquistador ha podido dar jamás a sus súbditos. Cristo puede darles y les dará la oportunidad de disfrutar de la vida eterna en paz y felicidad.

Es a través de nuestra seguridad en la capacidad y el propósito divinos de restaurar a todos los que pierden la vida en Armagedón que podemos ver el amor y la justicia de Dios en el método que su sabiduría ha elegido para derrocar el dominio de Satanás sobre el pueblo. Los que pierden la vida en esta gran lucha estarán, desde el punto de vista de Dios, simplemente dormidos. Su poder los despertará en la mañana del nuevo día. Tendrán la oportunidad de ver el resultado final de la gran lucha en la que sufrieron; y sin duda la mayoría de ellos prestarán con alegría el juramento de lealtad al Rey de reyes y Señor de señores, quien entonces será el soberano reconocido de toda la tierra. —Revelación 19:16; Salmo 72:1-4

La experiencia con el pecado y la muerte a lo largo de los siglos ha sido difícil, y especialmente ahora, cuando, debido al egoísmo humano, hay en todo el

mundo «angustia de las naciones, con perplejidad» (Lucas 21:25). Las lecciones que se aprenderán de ello serán de un valor inestimable, especialmente porque aumentarán en gran medida el aprecio por la bendición de la vida que se dará al pueblo durante los mil años del reinado de Cristo.

A través de esta experiencia, toda la humanidad aprenderá los terribles resultados de desobedecer la ley divina. Por el contrario, cuando las bendiciones del reino se derramen sobre ellos, aprenderán de la bondad divina, y su respuesta sincera será: «He aquí, este es nuestro Dios; a él hemos esperado... Nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación». —Isaías 25:6-9

Durante mil años reinará ese reino. Su influencia de alegría, paz, amor y vida se extenderá a todos los rincones del mundo. Su poder sanador vaciará todas las camas de los hospitales. Su energía vivificante llegará hasta todas las tumbas. Se abrirán los ojos de todos los ciegos y se destaparán los oídos de todos los sordos. —Isaías 35

Ya no se permitirá que Satanás engañe o desvíe a las personas. Tampoco se permitirá que su gobierno de egoísmo y odio siga destruyendo la paz y la felicidad de los hombres y las naciones. Como resultado del programa educativo del reino de Cristo, el mundo aprenderá las ventajas del amor y la misericordia sobre el egoísmo y el odio. En lugar de asegurar todo lo que puedan para sí mismos, las personas aprenderán que el verdadero secreto de la

alegría profunda y duradera está en hacer todo lo posible por los demás.

Entonces se cumplirá la promesa de Dios a Abraham de bendecir a todas las familias de la tierra a través de su descendencia. Como hemos visto, Cristo y su iglesia, en la fase celestial del reino, serán esta descendencia prometida, y entonces serán el canal de las bendiciones vivificantes para toda la raza humana restaurada. - Gálatas 3:29

Todas las familias de la tierra que vivieron en los días de Abraham y antes, ahora están muertas. Todas las familias de la tierra que han vivido desde entonces, ahora están muertas o moribundas. El número cada vez mayor de muertes en un mundo enloquecido por el egoísmo nos hace comprender con creciente fuerza la gran necesidad de la intervención divina, y podemos regocijarnos de que esto esté cerca. El hecho de que todos aquellos a quienes Dios ha prometido bendecir estén muertos o moribundos no anula en modo alguno sus promesas, pues tenemos la seguridad de que su poder puede restaurar la vida y lo hará: porque todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del Hombre y saldrán. - Juan 5:28, 29

¿Es esto un simple deseo? No, en verdad, ¡es lo que ha prometido el Dios y Creador del universo! Es lo que revelará a las masas de la humanidad que no fueron creadas simplemente para sufrir y morir. Mostrará que Dios, cuyo poder y sabiduría se revelan en todas las cosas creadas, las amó y ha

usado su poder para asegurar el cumplimiento victorioso de su propósito en su creación.

Al final de ese reinado milenario de Cristo, Satanás, el instigador de todo mal, será destruido. Aquellos que voluntariamente continúen sirviéndole también serán destruidos en «la segunda muerte». Mientras que miles de millones murieron como resultado del dominio usurpado de Satanás sobre la raza humana, él estará en la lista de víctimas del reinado de Cristo. - Apocalipsis 20:10, 14

Y no solo Satanás, sino que serán vencidos todos los males que constituyen su arsenal de métodos engañosos y maliciosos con los que engaño y esclavizó a la raza caída. La enfermedad, el dolor y el sufrimiento serán destruidos. Y la muerte misma morirá. —Revelación 21:4

Todo esto se debe a que la intervención divina derrocará el dominio de Satanás, «la serpiente antigua», que indujo a nuestros primeros padres a transgredir la ley divina y trajo sobre ellos y sus descendientes la pena de muerte. Uno de los hermosos simbolismos que nos da el libro del Apocalipsis para ilustrar la intervención divina para rescatar a la raza humana de la muerte es la «ciudad santa» que desciende de Dios desde el cielo. - Apocalipsis 21:2

En la Biblia, una ciudad representa un gobierno, y la ciudad santa es un gobierno justo. Pero no es de origen humano. No es un gobierno creado por el hombre. Emanada de Dios, del cielo, se establece en

la tierra. Anteriormente, en el libro del Apocalipsis, se llama la atención sobre una ciudad muy impía llamada «Babilonia». Durante un tiempo, gobernó a los reyes de la tierra.

Asociada a esta ciudad «ramera» hay una «bestia» simbólica, otro símbolo del gobierno impío. Hay una lucha entre la bestia y el cordero, Cristo. La bestia, junto con la ciudad impía de Babilonia, es destruida.

Así se prepara el camino para la ciudad santa, a través de la cual el Cordero, junto con su novia, gobierna sobre las naciones. Este nuevo gobierno significará que Dios está verdaderamente representado en la tierra. Explicando este punto, el revelador dice: «Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios». —Apocalipsis 21:3

Cuando, a causa del pecado, Dios retiró su favor de la raza humana, la gente comenzó a morir. David escribió: «En su favor está la vida» (Salmo 30:5). Cuando Dios vuelva a «tabernacular» con el pueblo, cuando su favor se manifieste hacia ellos a través de los agentes del reino de Cristo, la ciudad santa, uno de los resultados benditos será la destrucción de la muerte. Pablo escribió que Cristo reinará hasta que todos los enemigos sean puestos bajo sus pies, y que el último enemigo que será destruido es la muerte (1 Corintios 15:25, 26). El revelador enfatiza este mismo pensamiento bendito. Al explicar los resultados del favor de Dios restaurado al pueblo, tal como se

manifiesta en la ciudad santa que toma el control de los asuntos de los hombres, escribe: «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles». - Apocalipsis 21:4,5

¡Alabado sea Dios por esta seguridad del triunfo final de la justicia sobre el pecado y la muerte! Cuando nos damos cuenta de que el reino que manifestará la victoria de Cristo está tan cerca, no debemos horrorizarnos ante la idea de la lucha mundial del Armagedón, que provocará el derrocamiento de los últimos restos del dominio de Satanás. Sabemos que esto es necesario para que las personas tengan una oportunidad plena y sin obstáculos de aceptar el dominio de Cristo. En verdad, ahora debemos orar con más fervor que nunca: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». - Mateo 6:10